

desde la casa

La casa: lugar de la escena familiar*

María Inés García Canal

Se busca reflexionar sobre la familia a partir de su escena de actuación, desde ese escenario, que parece natural, en el cual se desarrolla la trama de lo cotidiano. En él se concentran las relaciones de sus integrantes cruzadas por roces, miradas, caricias, enfrentamientos, palabras y gestos, afectos y afecciones. Ejercicio constante del poder, resistencias múltiples y multiplicadas, el deseo, el placer y el displacer aparecen en sus más variadas formas, se actúan, se gozan y se sufren. La lucha, la guerra, transida de deseo y de placer.

Se ha realizado un doble desplazamiento: la casa como el lugar de la lucha y la familia mirada desde este escenario. Ese espacio del *adentro*, de lo privado y familiar, es pensado como el escenario de una guerra, es tierra a conquistar, territorio a defender.

Pareciera que la relación de poder se mueve siempre bajo el signo de lo negativo, pues acostumbrados a pensarlo única y exclusivamente como represión, se piensa al poder como el orden que desde lo alto busca detener una energía salvaje, rebelde y natural que pretende emerger, siempre, inconteniblemente, desde las profundidades.

Cuando se utilizan términos como lucha, guerra, enfrentamiento, no se puede siquiera imaginar los sentimientos que ellos involucran.

Maniqueos como somos, los colocamos en el reino del mal y dejamos de lado el deseo, el placer y el erotismo que son capaces de provocar.

* Este texto fue publicado en I. Maldonado (coord.), *Familias una historia siempre nueva*, Porrúa/CIII I-UNAM. Fue objeto de corrección de estilo por la editorial, perdiendo completamente su sentido; se modificó, entre muchas otras, la palabra "sujeto" por el término "individuo" y "sujetados" por "unidos".

En este análisis, cuando se habla de poder se lo hace desde la comprensión del mismo como una relación, la existencia de sujetos que se enfrentan, que luchan, que utilizan estrategias e inventan tácticas en busca de una victoria, o bien para escapar de una derrota. Victorias y derrotas parciales, momentáneas, míseras, efímeras, jamás definitivas ni acabadas.

Las relaciones de poder no son nunca estáticas, son relaciones, poseen la gracia de ser móviles, inestables, en ellas se juega siempre el desafío, la prueba y en ellas se inscribe el deseo, el placer, el goce y, sin duda, el erotismo.

Entendido así el poder, como una relación, exige el intercambio, se impone como deber rozar los cuerpos, acariciarlos, señalarlos o herirlos con su mirada, sensibilizar partes, intensificar sensaciones, dramatizar turbaciones... (M. Foucault, *La voluntad de saber*). El poder está profundamente sensualizado, en él se ancla el placer.

Placer del que ejerce el poder, que pregunta, vigila, acecha, palpa, roza, espía, seduce... Placer de aquél que intenta escapar del roce, que se enciende ante el hecho de engañarlo, de escabullirse de su mirada, de derrotarlo por instantes, placer también de mostrarse, de escandalizar, de resistir... Placer de dominar y placer de resistir y escapar.

Poder que se deja invadir por el placer de dar caza y, frente a éste, el placer que se intensifica en el poder de resistirlo. Erotismo constante en toda relación de poder, intento de traspasar límites y fronteras, de transgredir. Espiral de poder y placer.

El deseo está allí, en la misma relación, ya que no hay deseo sin ley, la ley es constitutiva del deseo y de la carencia que instaura. El deseo estará allí donde se encuentra la relación de poder.

La familia actúa, produce y provoca acciones y conductas en sus integrantes; obliga y conmina a su pertenencia; desarrolla normas, valores, códigos, reglas; suscribe a una moral y educa en ella. Interesa rastrear esos valores, esa ética en las paredes de la casa, en su mobiliario, en su distribución espacial. La casa se transforma en un texto a leer, en una semiosis.

Para hacer esta lectura se ha seguido la perspectiva analítica propuesta por Michel Foucault que nos permite establecer conexiones entre instituciones, espacios delimitados y relaciones de poder.

Se ha elegido la casa de la pequeña burguesía ciudadana, ya que es en ella donde se forja un tipo de pareja, una forma de ser hombre y de ser mujer, un tipo de sexualidad. Es también allí donde se construyen

y se fijan los ideales del yo, se modelan los sentimientos, los gustos y las sensaciones. Esta casa la encontramos en cualquiera de las metrópolis y ciudades de Latinoamérica, queda como la memoria de una ciudad que ya no existe, erigiéndose como un bastión contra el avance constante de los multifamiliares y de las zonas densamente pobladas con construcciones de cartón y lata.

Esta casa con su propio diseño, que se repite casi sin variantes en miembros de este grupo social, es resultado del desarrollo urbano y de la adscripción a una determinada concepción del mundo que conduce a quienes la detentan a pensar, actuar y habitar de una manera que los individualiza frente al resto de la sociedad y, al mismo tiempo, los homogeneiza.

Ciertas premisas guían nuestra reflexión: el *poder*, entendido como relación, se encuentra en funcionamiento y acción en la familia siendo el flujo que produce su movimiento. Encontramos las relaciones de poder no sólo en la familia, sino en todas y cada una de las instituciones, sobrepasándolas. Es una relación que atañe también y muy especialmente al cuerpo de los sujetos, siendo mucho más que la represión, pero mucho menos que la violencia física en sentido estricto. Si la coacción física se da, se está fuera del universo de las relaciones de poder y se ha caído en el campo del exterminio, de la coacción lisa y llana.

El ejercicio del poder y la rebeldía no pueden separarse, y en esa relación entre ambos, más que hablar de un antagonismo "sería preferible hablar de un agonismo —de una relación que es al mismo tiempo de incitación recíproca y de lucha: no tanto una relación de oposición frente a frente que paraliza a ambos lados, como de provocación permanente" (M. Foucault, *El sujeto y el poder*).

Esta perspectiva permite reflexionar sobre la constitución de los sujetos en su doble acepción: sujetados a otros por el control y la dependencia y atados a su propia identidad por la conciencia y autoconocimiento de sí mismos. Esta sujeción, por un lado, individualiza en función de las exigencias del poder y, por el otro, cerca al individuo en una identidad ya sabida que ha sido establecida de una vez para siempre, conminándolo a trabajar denodadamente sobre sí mismo para acercarse a ella. La familia es la institución privilegiada para este fin.

El espacio, desde esta mirada, vuelve a ser objeto de reflexión. En este nuevo interés se descubre una actitud política, el diseño espacial será una forma económico-política que la dominación no descuidará.

La distribución y organización del espacio no es un hecho azaroso, responde a las necesidades y exigencias de una forma de dominio. El tiempo deja su marca en los espacios, se inscribe en ellos y estos, a su vez, especifican la historia. El siglo XIX inventa y desarrolla una política de los espacios que se mantiene hasta hoy, encontrándose intensificaciones en algunos casos y formas nuevas de distribución espacial en otros, que permiten vislumbrar el proceso de conformación de una nueva cotidianidad, de un nuevo tipo de guerra.

El espacio habitado, así como la casa, responde a ciertas características: es un espacio *lleno*, sujetos que lo habitan, lo viven y lo recrean y que son, a su vez, habitados, vividos y recreados por él. Es también un espacio cerrado con límites y fronteras precisas. Posee un tiempo que, mirado desde los sujetos, está fijado por el lapso de inserción en él y, visto desde lo social, se halla determinado por el tiempo histórico de su existencia. Y por último se encuentra atravesado por una densa red de relaciones de poder que lo marcan, lo identifican y limitan su funcionamiento.

Todo espacio habitado se constituye en un espacio de poder. La casa también lo es: espacio lleno, cercado, con un tiempo y cimentado en relaciones, todas ellas relaciones de poder. Distribución y fijación de los sujetos que lo habitan, unos en relación con los otros... Sub-espacios con jerarquías y funciones... Ordenes y mandatos... Lugares prohibidos, luchas por ciertos rincones, por pequeños trozos en ella... Formas diversas y creativas de resistir. La casa se convierte en un campo de batalla, en una tierra a conquistar, en un territorio a ocupar, a defender, en lugares a ceder y en cada uno de estos enfrentamientos los sentimientos se ponen en juego, el placer y el deseo hacen su aparición.

Todo territorio, todo espacio cercado con límites adquiere una fisonomía propia conforme a la tecnología de dominación que se aplica y se ejerce, al tiempo que cada territorio, con su diseño específico, exige una forma determinada de ejercicio del poder.

La casa es más que los muros, es todo un conjunto de elementos significantes, con contrastes y diferencias que poseen un sentido, una significación, que nos hablan a través del estilo de los muebles y de su distribución, de las imágenes visuales, de los colores y texturas, de las sensaciones táctiles, de sus luces y sus sombras.

La casa y sus habitantes: la casa produce, marca, codifica a sus habitantes... Los habitantes y su casa: los sujetos personalizan el espacio, lo marcan a su vez, le ponen su sello. Los muros están significados por

los seres que los habitan, pero también esos hombres y mujeres han sido re-significados por los muros.

Los sujetos sueñan con la casa ideal, pero esa casa soñada hecha realidad, nada tiene de singular y diferente a otras casas de integrantes de un mismo grupo social, todas ellas se parecen entre sí. ¿Sueño soñado por el sujeto, o muros que sueñan a un sujeto igual a muchos otros que se parecen entre sí?

Iván Illich encontró una magnífica vivienda tal como la soñaban marido y mujer. Tenía salas de recepción al viejo estilo, amplias y altas; un despacho enorme y cómodo; habitaciones para la esposa e hija; sala de estudio para el hijo. Parecía que todo había sido ideado para ellos. El propio Iván Illich se preocupó de la instalación, escogió el empapelado, compró algunos muebles, sobre todo del viejo estilo que, a su juicio, poseían un aire de especial dignidad; eligió el tapizado y todo fue creciendo, aumentando, hasta acercarse al ideal que se había forjado.

Sin embargo, esa casa soñada, hecha realidad nada tenía de particular y diferente,

... en realidad era lo mismo que suele haber en todas las casas de personas que no son muy ricas, pero que quieren parecerse a los ricos, con lo cual sólo logran parecerse entre sí (L. Tolstói, *La muerte de Iván Illich*).

Sueño soñado por una sociedad que obliga a una casa igual a sujetos codificados igualmente. Así, a cada sujeto de un grupo social determinado, en una sociedad y en un momento dado, le corresponde un diseño de casa, pero también a cada casa le corresponde un tipo de sujeto. La casa no es más que la extensión del sujeto codificado socialmente.

En este lugar para vivir se genera la trama de lo cotidiano, de las rutinas diarias, del aprendizaje de los sentimientos y de las relaciones. Es el primer espacio del ser humano, hombre y mujer, es el punto de inicio, de arraigo, su primer centro del mundo.

Al decir la palabra "casa" se piensa en un diseño específico, una forma que implica un tipo de vida: la vida familiar. Es el hábitat con sala, comedor, cocina, baño, alcoba de los padres y de los hijos.

Este tipo de casa tuvo su concreción arquitectónica a fines del siglo XVIII y principios del XIX en Europa, y en ella se asentó primero la burguesía y luego la pequeña burguesía ciudadana. Sin embargo, comienza hoy a desaparecer y a entrar en desuso, motivado por las grandes concentraciones y aglomeraciones urbanas, a favor de espacios mucho más reducidos, los grandes multifamiliares. Estamos ante otro

tipo de diseño que nos habla de una nueva forma de organización familiar y nos hace evidente la configuración de un nuevo tipo de sujeto.

¿Por qué nos interesa este diseño que pareciera no tener ya vigencia?

Si el espacio tiene la facultad de contribuir a la formación de valores, normas, formas de relacionamiento, producción de imágenes e ideales y a la construcción de una moral, sin duda en nuestras sociedades, los sujetos que pertenecen al grupo social con capacidad de hacer entrar su discurso en decisiones, instituciones y prácticas fueron conformados en casas con estas características, lo que nos permitiría hacer un diagrama de sus valores éticos dominantes y de sus formas de comportamiento.

Es en este espacio donde se les construyó un cuerpo y se les otorgó la palabra. Es allí donde adquirieron su nombre y donde aprendieron a utilizar el posesivo "mi" y "mío" para los objetos y las personas que habitan ese territorio. Es allí donde aprendieron a temer, a someterse, a amar; donde descubrieron las primeras sensaciones y sufrieron y gozaron los primeros sentimientos. Sus muros fijaron los límites del adentro y del afuera. El adentro como la zona de seguridad, el primer espacio conocido y reconocido. Es en este diseño espacial donde se gestó una concepción de matrimonio, de pareja y de sexualidad; un ideal del niño y de su trato; una manera de ser madre; aprendieron a representarse como hombres o mujeres. Si bien hoy comienza a desaparecer ese espacio con estas características, las ideas que conformó y los valores que impuso siguen actuantes.

Al considerar a la casa como el escenario de la familia la estamos pensando dentro de la lógica teatral, estableciendo entre la vida cotidiana y el teatro una estrecha analogía. La casa, la familia y su cotidianidad son observados como una representación teatral, y los integrantes de la familia como actores de una pieza cuya trama ha sido producida por la narrativa social.

De esta manera los sujetos-actores deben representar a los personajes impuestos socialmente, conformar su subjetividad, sus maneras y sus gestos en función de las imágenes sociales hegemónicas a través del ensayo constante y de la repetición.

Es a través de la práctica repetitiva que los sujetos perfeccionan su papel y aprenden el guión preestablecido hasta que se logra el encuentro entre personaje y actor. Al igual que en el teatro, para que la

representación tenga sentido se requiere de una determinada asistencia. Esta ayuda en la técnica teatral no es más que el público-espectador de la representación. De la misma manera existe siempre para la familia la mirada de la sociedad y de los integrantes de su grupo de pertenencia; mirada aprobatoria o rechazante en relación con sus acciones y comportamientos. Los sujetos siempre son mirados y se miran, y es a través de estas miradas que se ven compelidos a repetir cotidianamente los roles asignados hasta hacer de esta máscara su propia identidad, aquélla que los cerca de una vez para siempre y a la cual se someten.

El diseño arquitectónico permite e incita la conformación de formas específicas y propias de utilización de los sentidos, les marca el gusto, el olfato, la vista, el oído y el tacto. Exige personajes con características claras: un padre, una madre, hijos e hijas; provoca y modela sentimientos y afecciones; historiza a Eros y Thanatos, entrena en la culpa y en el miedo. Somete, enseña a someterse y a someter; provoca resistencias... Hace a los sujetos.

Cada una de las partes de la casa cumple una función clara en la constitución del sujeto moderno.

La sala

En mi casa se ha quedado
a vivir la tradición...

Es el espacio intermedio entre el adentro y afuera, si bien pertenece sin duda al adentro. Se encuentra siempre inmediatamente después de la puerta de entrada que fija el límite y sirve de frontera. El ingreso a la casa desde el afuera se halla controlado, es un territorio defendido con puertas y cerrojos. La puerta es la frontera entre la familia y el mundo. Para entrar se requiere pasaporte, permiso de entrada (ser uno de ellos, amigo, pariente, conocido). El desconocido no entra, es tratado como extraño o extranjero.

La posesión de la llave de entrada indica la capacidad de dominio sobre este terreno, la posibilidad de entrar y salir sin previa autorización. Esa puerta tendrá un guardián, la madre siempre atenta a la entrada y salida de los hijos. La madre adquiere la función de carcelera.

El acceso previo a lo cotidiano está determinado por la sala, la cual se constituye en tierra de nadie y, al mismo tiempo, como lugar de demostración de los valores, ideales y estatus, tanto logrados como deseados por el núcleo familiar. Es la zona más pública de la casa y, quizá, la única abierta al exterior. Es un espacio frío, no vivido, que expresa las ideas de adscripción social del núcleo familiar.

La sala hace clara la lucha entre dos generaciones y las soluciones de compromiso entre padres e hijos, o bien la lucha entre los cónyuges cuya casa primera representaba a grupos sociales diferentes; así aparecen en ella objetos de estilo distinto y de significaciones contrarias y contradictorias que marcan la lucha entre los integrantes del grupo familiar para representarse.

El comedor

En mi casa hay una Iglesia
que se llama comedor...

No es simplemente el lugar para comer, sino que la comida, en este grupo social, va acompañada de una serie de prácticas que se repiten adquiriendo carácter ritual y significación.

El comedor cumple con una serie de funciones, entre ellas, la *ceremonial*, ya que es el lugar apropiado de reunión de todos sus integrantes alrededor de la mesa en el acto de comer. El acto satisface innumerables necesidades: la biológica que permite la continuación de la vida; la libidinal al apaciguar la oralidad, provocando los placeres que conlleva el comer y el beber, y satisface también otra necesidad desde la mirada del grupo, crea la conciencia de existir en comunidad y refuerza en cada uno de los sujetos la seguridad de continuar siendo miembro activo del grupo familiar.

Los rituales se expresan a través de los lugares que ocupan cada uno de los integrantes alrededor de la mesa, por las jerarquías establecidas en el orden de servir los alimentos y por el tipo de objetos que se utilizan conforme las ocasiones y las conmemoraciones. Es común en este tipo de familia que la cabecera de la mesa le sea cedida al padre, el hijo mayor varón se sentará a su derecha y la madre a su izquierda, el resto de los hijos se distribuirán conforme edades y sexos. El padre será

el primero en recibir los alimentos y, en el acto de servir, se seguirá un orden no explícito pero que se cumple inexorablemente.

La madre será la encargada de realizar este acto como un gesto de servicio y de amor, siendo la última en recibir los alimentos, generalmente en menor cantidad que el resto, o bien sin tener en cuenta sus gustos, recibe lo que sobra, lo que los demás no han deseado. Esta gestualidad le refuerza su lugar en la familia en tanto aquella capaz de "sacrificarse" por amor a sus hijos y a su familia.

Los elementos sacros aparecen diluidos y disfrazados tras una práctica secular, sin embargo están allí presentes. Esta ceremonia es presidida por el padre, otorgándose a través de los alimentos que obtuvo con esfuerzo para sus hijos y su mujer. La madre actuará como la encargada de preparar la libación y de esta manera el comedor se habrá convertido en el lugar de la ofrenda.

Los hijos registrarán esta ceremonia como un don recibido, una gracia, un regalo, punto fundamental de inscripción de la culpa, de la deuda contraída para siempre.

En esta ceremonia se satisface la necesidad biológica que permite a los sujetos mantenerse con vida, pero al mismo tiempo es registrada simbólicamente como un don, como un regalo... se satisface la oralidad, la primera organización sexual de los sujetos, en la cual la actividad sexual no está separada de la absorción de alimentos. En el niño y en la niña, esto se convierte en el modelo de lo que más tarde será la identificación. De esta manera, satisfaciendo necesidades biológicas y libidinales el sujeto no sólo asimila alimentos, sino que junto con ellos "traga" normas, conductas, roles, comportamientos, valores, los asimila y se identifica con ellos y con el grupo familiar.

También desarrolla placeres que van unidos a la oralidad y elabora su sentido del gusto, el cual estará marcado por los sabores que hegemonizaron sus comidas familiares y connotado por afecciones, recuerdos, reminiscencias.

El comedor cumple también con la función normalizadora. Es el lugar privilegiado donde la palabra de la autoridad se hace oír, donde se explicitan las normas, se hacen claros los comportamientos esperados y esperables. Es en ese espacio donde se expresan los ideales familiares... se fijan las obligaciones... se establecen las prohibiciones ... y también se sancionan los castigos. Es la voz paterna la que se hace oír, la que debe ser escuchada haciendo clara y concisa la norma.

En el comedor se configura la imagen del ejercicio del poder concretizada en la persona del padre como representante de un dios omnipotente que posee la prerrogativa de dictar la ley, aplicarla y castigar.

Existen dos tipos de castigo que tienen como escenario este lugar de la casa y, al mismo tiempo, dos formas de resistencia. Los castigos comunes a este espacio son quitar el alimento a alguno de los hijos o hijas, lo cual es registrado como el poder parental de impedir la satisfacción biológica y libidinal, al tiempo que hace patente que la comida es un don, un regalo recibido; y retirar a alguno de los miembros de la comunidad, algo que será registrado como una forma de marginación y una manera de señalar con la diferencia a aquél o aquélla que recibió el castigo, alguien que no merecería pertenecer a esa familia. Estos castigos, si bien tienen una función correctora, sirven como demostración al resto de la familia, son ejemplares, a fin de impedir por el temor la reiteración de la falta.

Entre las formas de resistir de los hijos e hijas está la de comer en exceso, o bien en la negativa a alimentarse, formas comunes en la adolescencia y que muchas veces se arrastran de por vida, tomando la forma de anorexia y bulimia.

El comedor cumple, finalmente, una función netamente *culpabilizadora*, ya que al ser otorgado el alimento como un don, como un regalo, el sujeto queda en deuda con aquéllos que se lo proporcionaron día tras día, deuda que jamás podrá ser saldada. El hijo y la hija instauran la culpa, la deuda con sus padres a través de este ceremonial que les permite reproducir cotidianamente sus cuerpos y mantenerlos vivos.

Las alcobas

En mi casa las paredes se respetan
como un dios...

A fines del siglo XVIII y principios del XIX, se produce un cambio en la concepción del niño y de la niña en Occidente. Fue necesario cuidarlos a fin de resguardar la sobrevivencia de la fuerza de trabajo. A partir de este momento se convierten en el foco de la atención familiar, deben ser vigilados constantemente para que sus cuerpos crezcan fuertes y sanos. Debe formárseles también sus mentes para convertirlos en buenos trabajadores y ciudadanos, en buenas madres, en mejores esposas...

La casa responde a estas necesidades: la alcoba de los niños y niñas será adosada al cuarto de los padres, la puerta de esos cuartos permanecerá siempre abierta para que la vigilancia pueda ser continua. El niño y la niña ignorarán la privacidad, siempre tendrán una mirada vigilante sobre sí, haciéndose conscientes de esa mirada. Sobre el cuerpo de ambos, varones y niñas, se centra la atención y el control, cuerpo constantemente vigilado, controlado, rodeado en su cuna, en su lecho o en su cuarto de un séquito de parientes, médicos y pedagogos. Una madre que vigila todos sus movimientos, todos los ruidos que produce su cuerpo, a la espera atenta que permita descubrir una anomalía, la más mínima que sea para buscar de inmediato el consejo de algún terapeuta.

Se cuidará bien de separar a los varones de las niñas, generando espacios diferenciados, amueblados y decorados de forma distinta entre sí y de acuerdo con el grupo social al que pertenece la familia; serán invadidos por colores y objetos connotados culturalmente que indican y refuerzan su pertenencia a un sexo o bien al otro; ya en la misma alcoba comienza el trabajo de representación que exige la pertenencia a un género o al otro.

Las manifestaciones de la sexualidad se envolverán en el secreto, o bien se castigarán, permaneciendo los progenitores, muy especialmente la madre, atentos ante la menor exteriorización.

La alcoba de los padres se caracterizará por tener la puerta cerrada, lugar de la sexualidad permitida, legítimamente ejercida y básicamente reproductiva. La pasión ha desaparecido en este tipo de parejas, el afecto que los une no debe salirse de los cauces de un amor-ternura, ya que la pasión atenta contra la solidez y mantenimiento de la institución y puede ponerla en peligro.

La sexualidad es cuidadosamente encerrada. Se muda. La familia conyugal la confisca y la absorbe por entero en la seriedad de la función reproductora. Se impone como modelo, hace valer la norma, detenta la verdad, retiene el derecho de hablar (M. Foucault, *La voluntad de saber*).

La familia se convierte en el centro obligatorio de convergencia de los afectos, de los sentimientos, del amor, al mismo tiempo que prohíbe la sexualidad, salvo la legitimada en la alcoba paterna. Incitación y prohibición se dan al unísono, una lleva necesariamente a la otra, y es por ello que la familia nace incestuosa y es la casa su lugar de actuación.

Este tipo de familia exige e incita la sexualidad, obliga y conmina a sus miembros a amarse y rozarse, acariciarse y tocarse constantemente, al mismo tiempo que mira desconfiada todas aquellas muestras de afectividad, erotización de los vínculos; prohíbe lo que a su vez exige,

ya que la prohibición surge de un dispositivo de alianza en el cual se encuentra inmersa toda la familia, y la incitación deriva de un dispositivo de sexualidad que se halla engarzado sobre el primero. Esta contradicción entre la prohibición y la incitación se resuelve, paradójicamente, a través de una tensión constante entre el deseo y la ley.

La cocina

En mi casa a mis padres
yo les hablo con su voz...

De la misma manera que el comedor es el lugar privilegiado donde se hace escuchar la voz paterna, la cocina es el lugar por excelencia de la madre, es el territorio que le pertenece por derecho y por herencia y que nadie osará disputarle.

Ella es la encargada de la preparación del alimento y de la supervivencia de los hijos. La cocina es su espacio, es la extensión de sí misma, es el lugar que le recuerda que, aún y por siempre, seguirá amamantando a sus hijos, siendo la responsable de que se mantengan con vida. Todos los integrantes de la familia y la sociedad en su conjunto le refrendarán el derecho a este lugar en la casa, suyo para siempre, espacio de la única creación permitida para esta mujer-madre, y pleno de fantasías placenteras, aterrorizantes y perversas, es en la cocina donde esta mujer-madre refuerza el convencimiento de seguir dando la vida y desarrolla también la fantasía de poderla quitar por la vía del envenenamiento; se inscribe en ella la seguridad de ser dadora de vida y de muerte.

El sujeto conformado en este tipo de casa confunde con regularidad el amor con la alimentación. Todos los integrantes de la familia poseen este registro, la mujer también encuentra como la forma casi única de dar amor, el dar alimento, el darse en el alimento, el entregarse envuelta de tacos y frijoles... Es común en este tipo de madres la expresión: "mi hijo ya no me come".

La cocina es también su centro de poder, ya que a través de la alimentación realiza el ejercicio del poder y mantiene su cuota de dominio. Es en la cocina y por el poder de la estufa y el refrigerador donde la madre extrae una considerable cuota de poder, defendiéndola con celo y luchando por ella. En este espacio resuelve la satisfacción de necesidades

biológicas y libidinales de los integrantes de la familia, quedando en sus manos esa obligación y ese derecho.

La cocina contribuye a exaltar el amor maternal como un valor natural y social, favorable a la especie y a la sociedad. Este espacio transforma a la mujer en madre y la hace desaparecer como mujer; sólo como madre, presente o potencial, será reconocida en lo social.

El baño

...pero a veces en mi casa
el silencio es lo mejor.

Este lugar de la casa cumple la función en la sociedad moderna de separar el cuerpo del espíritu y de signar al cuerpo como algo sucio, malo, perverso, reafirmando la escisión ya establecida desde milenios por la cultura judaico-cristiana.

El baño es el espacio solitario y privado, es el único lugar de la casa en el que se puede gozar de la soledad y de la privacidad. Es el lugar donde el cuerpo excreta sus miserias y donde es lavado y aseado continuamente. Es también el lugar de los jabones, desodorantes y perfumes. Generalmente es en este lugar donde el adolescente y el niño inician sus prácticas sexuales ya que es el único terreno privado de la casa, y sin duda esas prácticas llevarán el estigma de ese espacio, estarán marcadas como prácticas pervertidas y sucias.

Es también, sin duda, el espacio de placeres, todos ellos referidos a la corporeidad, pero también, todos ellos, placeres solitarios que niegan el roce y la caricia de otros cuerpos.

El baño cumple la función de satanizar el cuerpo como lo malo en tanto en él se inscriben los pecados de la carne y cercena, a su vez, el cuerpo erótico reprimiendo, sin descanso, la sexualidad anal. La sataniza como sucia exigiendo que el cuerpo sea lavado constantemente como forma de tapar la impureza natural. Por último, el baño mina las potencialidades del olfato y lo codifica para siempre, a fin de que el cuerpo pierda su aroma producido por sus propias secreciones.

El baño de este tipo de casas contribuye a separar el cuerpo de la mente, lo ubica como algo bajo y ruin que nos recuerda su cercanía con lo animal; contribuye a abandonar el erotismo a la soledad; y finalmente cercena el olfato como sentido fundamental en la incitación sexual.

Continuando con esta línea de reflexión podríamos establecer la relación estrecha entre las codificaciones que exige este lugar de la casa y la conformación de personalidades de carácter anal (según la teoría freudiana), cuyas características distintivas son la testarudez, el sentido del orden, la afición por el dinero y la obsesión por el aseo.

La personalidad autoritaria y fascista, al decir de Horkheimer, se caracteriza por dar una "importancia exagerada a las ideas de pureza, pulcritud, aseo y otras parecidas" (J. B. Bourke, *Escatología y civilización*). En el plano individual se producen en este tipo de sujetos manifestaciones de rupofobia y sexofobia, acompañadas de un exceso de limpieza corporal; en tanto que en el plano social, estos sujetos evitan los contactos, son contrarios a toda idea comunitaria, y es común encontrar en ellos actitudes racistas en relación con lo diferente, por considerarlo sucio y maloliente.

* * * * *

En esta rápida mirada se ha querido mostrar en qué medida cada uno de los lugares de la casa de la pequeña burguesía ciudadana cumple una función clara y precisa en la constitución del sujeto moderno, le otorga una identidad social, le conforma una sexualidad, le propone ideales a los cuales adscribirse y hacia los cuales tender. Sin este espacio, así distribuido, hubiese sido imposible la constitución de una ética que se plasma en la rutina, la monotonía, la disciplina y la repetición de la cotidianidad, produciendo un tipo de sujeto funcional a su sociedad.

Se ha pretendido realizar una lectura de la casa como si ésta fuera un texto, deteniéndose en lo aparential y obvio que, si bien es tal, no por ello deja de ser actuante.

Se ha privilegiado el espacio de la familia, ya que a través de ella se puede obtener con mayor facilidad, por ser más accesible el espacio que los sujetos, un diagrama del funcionamiento de las relaciones de poder y de la moral de los comportamientos familiares.

Este tipo de mirada, a su vez, permite vislumbrar cambios y modificaciones en la forma de pensar y actuar de los integrantes de la sociedad, si comparamos los tipos de espacios que habitan y han habitado según el momento histórico. Hacer la historia de los espacios es contribuir a la realización de la historia del poder en una sociedad dada, ya que "todo tipo de coexistencia entre los hombres corresponde a una determinada

concepción de espacio" (Norbert Elías, *La sociedad cortesana*). El tipo de vivienda y su distribución permite el acceso seguro y gráfico para la comprensión de las relaciones sociales.

Bibliografía citada

- Bourke, John G., *Escatología y civilización*, Guadarrama, Madrid, 1975.
Elías, Norbert, *La Sociedad cortesana*, FCE, México, 1982.
Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad*. 1. La voluntad de saber, Siglo XXI, México, 1978.
Foucault, Michel, "El sujeto y el poder", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, México, 1988.
Freud, Sigmund, *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Alianza Editorial, Madrid, 1978.